

PISA con empatía

Miguel Escudero

Todo el mundo sabe que existen unos informes PISA, que estudian y comparan el rendimiento educativo en sesenta y siete países acerca de tres áreas: comprensión lectora, competencia matemática y comprensión científica. Desde que comenzaron a publicarse, hace ya diez años, se han presentado cuatro entregas. PISA significa en inglés programas para la evaluación internacional de los alumnos (PEIA, en español; en inglés suena mejor). Estos trabajos tienen el prestigio de estar encargados por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE; suena mejor que en inglés, OECD, quizá porque las tres últimas siglas son tres letras seguidas del alfabeto o acaso se trate de su visión). Pero no nos liemos con sopas de letras. En las doscientas páginas del informe español encuentro curiosidades, como la de que en matemáticas Castilla y León queda por encima no sólo del resto de comunidades autónomas españolas, sino de los promedios de Alemania, Francia, Suecia, Reino Unido, Estados Unidos y, claro está, de la propia España. No obstante, en torno a estos análisis cabría tener presentes un par de recomendaciones muy sensatas que Francisco Luna, director del Instituto Vasco de Evaluación e Investigación, dio al respecto: «entender que PISA no es una liga de fútbol ni una competición de traineras y, segundo, no interpretar PISA de manera parcial con la idea de favorecer unas determinadas ideas educativas, porque en PISA hay de todo como en botica».

¿Hasta qué punto están relacionados entre sí estos resultados y cómo los podemos interpretar con una clave de mejora? Ésta sería la cuestión. Está bien prestarles atención para corregirnos, pero siendo conscientes de valores que aquí no se miden como son la sensibilidad y la empatía. Por de pronto, la carencia de tales cualidades o su deficiente grado de presencia tiene efectos devastadores. En nuestras escuelas hay frecuentes conductas antisociales, en las que se agreden los derechos de los demás. ¿Qué hacer

cuando se producen o, mejor, cómo prevenirlas? Ignacio García-Valiño ha trabajado como psicólogo en varios Institutos de Enseñanza Secundaria y señala en su libro ‘Educar a la pantera’ una fórmula que activa el acoso escolar: «Haz ver a los demás que la víctima escogida no es ‘uno de los nuestros’ y que, por tanto, no merece sino desprecio». De estas actitudes nos debemos apartar con toda energía y resolución. Sino quedaremos salpicados por el asco del matonismo y la chulería.

¿No practican, por cierto, esta sentencia que denuncia García-Valiño algunos adultos que nos rodean? Este psicólogo plantea asimismo la realidad de los niños secuestrados emocionalmente y fanatizados antes de poder pensar algo por ellos mismos.

Sobre estas cosas habría que hablar y actuar para el bien de todos. Para llevar una vida personal, y facilitársela a los demás, es fundamental desarrollar la empatía. Siempre son demasiados los que llevan «el odio pegado a los ojos». Se trata de percibir las emociones ajenas, y saber identificarnos con el estado de ánimo de los otros. No hay nada más reaccionario que vivir de espaldas a estas realidades, y ser indiferentes a ellas.